PDF

Atención Educativa 3

tema 4
adicciones, smartphone, idiosincrasia japonesa

-



–

antena3.com/menor-de-15-años/



.

.



Cómo escribir realmente mal

Anne Fine



https://www.cultugrafia.com/escribir-mal-consumismo-velocidad-seo/

**



twitter.com/RemusOkami/incultura.general

Japón



https://twitter.com/TansuYegen/status/1764330242083025052

–

levante-emv.com/ribera/discusión.violenta/aparcamiento/



*



youtube.com/señales.tráfico

–



—

E. Fouz.-16.5.2024
adicciones, smartphone, idiosincrasia japonesa

Leer en clase

Aurora Gil Bohórquez

agosto 12, 2014

'Cuenta Unamuno en *Recuerdos de niñez y mocedad* la emoción que sentían en clase cuando leían un pasaje del Juanito, aquel en el que moría la madre, y todos sus compañeros, el maestro, y él mismo, tenían que enjugarse las lágrimas, rejuntándose todos, conmovidos, en los sentimientos de pena. No parece que fuera una lectura primera; da a entender que todos la conocían de otras veces y que esperaban el trágico momento con ansiedad contenida. Al lector se le apagaba la voz, y la claridad de la lectura se ahogaba en los sollozos. Nadie se reía de aquellas lágrimas tan colectivas que provocaba la ficción literaria, más abundantes aun en los revoltosos y peleones. Imagino que la clase entera esperaba la hora de la lectura con ganas, los más aplicados y los menos, a pesar de conocer en muchos casos el final de la historia. Entonces los libros eran escasos, ir al cine era todo un lujo y no existía la televisión para llorar a gusto en los *reality show*.

Han pasado los años; el péndulo se fue al otro extremo: hoy apenas se lee en clase; ni siquiera en las de lengua y literatura, y mucho menos, claro está, en las clases de otras materias. Leer un cuento en matemáticas, qué disparate, ni que estuviéramos locos. Y no crean que me estoy refiriendo solo a los centros de Secundaria, donde el alumno ya viste pantalón largo –es un decir–; tampoco en los centros de Primaria se lee sistemáticamente en clase, ni es frecuente aquello de todos los alumnos atentos a la palabra, con la emoción y la intriga en sus caras, sin pestañear, sin moverse de las sillas, sin querer que pase el tiempo para dejar avanzar la historia. Hoy, en cuanto los niños aprenden el mecanismo de la "m" con la "a", ma, se acaba con la práctica de la lectura en voz alta y desaparece la hora de leer del panorama lectivo habitual.

Y es que hay profesores –y alumnos– que consideran lo de leer en voz alta como pérdida de tiempo, como algo fuera de los contenidos curriculares. No hay tiempo que perder, piensan, con tanta gramática, y tanta sintaxis, y tantos ejercicios de análisis de todo tipo; los contenidos gramaticales lo invaden todo, y hay que saber distinguir los morfemas de los lexemas desde la más tierna infancia, y no hay que confundir los determinantes con los pronombres, ni los atributos con los complementos directos. Y frente a todo este galimatías en el que están enredados los niños desde los ocho años, la lectura colectiva en voz alta ha dejado de considerarse como una actividad prioritaria y esencial en la formación académica de los jóvenes. Sin embargo, está demostrado que la lectura en voz alta tiene no solo considerables beneficios neuronales, ya que se ponen en acción numerosos y complejos circuitos cerebrales, mucho más ricos que los que se activan en la lectura silenciosa, sino que también mejora las capacidades de atención y de expresión, enriquece el vocabulario, ejercita la imaginación, enaltece los sentimientos, sin olvidar que además incrementa la autoestima y la confianza.

La lectura en voz alta puede detectar problemas graves, como las dislexias, y puede corregir otros, como la tartamudez. Y sin embargo, van pasando alumnos por las aulas que nunca han oído una lectura como Dios manda, que les sirva de modelo, que les conmueva. ¡Qué tristeza da oír leer de manera mecánica y neutra, sin entonaciones adecuadas, sin detenerse en las pausas, sin recalcar la intención, confundiendo palabras! ¡Y qué pena, lo mal que mal leen en voz alta nuestros alumnos! Es para echarse a llorar. No hay tiempo para explicarles las técnicas de lectura, y mucho menos, para ponerlas en práctica. ¿Cómo pasar una hora de clase a la semana leyendo, con tanto contenido gramatical y tanta teoría literaria que aprender? Pero lo peor es que tampoco se lee correctamente en silencio: trastocan palabras, se las saltan, tienen dificultades para captar la idea principal, no retienen datos. Y si a todo esto unimos la

pobreza de vocabulario, tenemos los resultados tan poco gratificantes de los famosos informes Pisa.

Recuerdo ahora como algo mágico aquellas clases de la Universidad del profesor **Don Mariano Baquero Goyanes**, aquellas en las que se limitaba a leer en voz alta. Ni más ni menos. Eran las mejores. Se hacía un silencio expectante –como en las clases de Unamuno– y nos invadía toda la fuerza de la literatura a través de su palabra sosegada. Éramos ya alumnos universitarios, y nos seguía conmoviendo oír un cuento, un poema, un fragmento de cualquier libro. La magia estaba en su buena lectura, que lograba llenar el texto de emoción y sentimientos.

Leamos en voz alta en clase y cambiemos la idea equivocada que oí decir no hace mucho a un alumno mío: "qué bien, hoy no hemos hecho nada: solo hemos leído."'

*

Las ruinas circulares

Jorge Luis Borges

Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche, nadie vio la canoa de bambú sumiéndose en el fango sagrado, pero a los pocos días nadie ignoraba que el hombre taciturno venía del Sur y que su patria era una de las infinitas aldeas que están aguas arriba, en el flanco violento de la montaña, donde el idioma zend no está contaminado de griego y donde es infrecuente la lepra. Lo cierto es que el hombre gris besó el fango, repechó la ribera sin apartar (probablemente, sin sentir) las cortaderas que le dilaceraban las carnes y se arrastró, mareado y ensangrentado, hasta el recinto circular que corona un tigre o caballo de piedra, que tuvo alguna vez el color del fuego y ahora el de la ceniza. Ese redondel es un templo que devoraron los incendios antiguos, que la selva palúdica ha profanado y cuyo dios no recibe honor de los hombres. El forastero se tendió bajo el pedestal. Lo despertó el sol alto. Comprobó sin asombro que las heridas habían cicatrizado; cerró los ojos pálidos y durmió, no por flaqueza de la carne sino por determinación de la voluntad. Sabía que ese templo era el lugar que requería su invencible propósito; sabía que los árboles incesantes no habían logrado estrangular, río abajo, las ruinas de otro templo propicio, también de dioses incendiados y muertos; sabía que su inmediata obligación era el sueño. Hacia la medianoche lo despertó el grito inconsolable de un pájaro. Rastros de pies descalzos, unos higos y un cántaro le advirtieron que los hombres de la región habían espiado con respeto su sueño y solicitaban su amparo o temían su magia. Sintió el frío del miedo y buscó en la muralla dilapidada un nicho sepulcral y se tapó con hojas desconocidas.



El propósito que lo guiaba no era imposible, aunque sí sobrenatural. Quería soñar un hombre: quería soñarlo con integridad minuciosa e imponerlo a la realidad. Ese proyecto mágico había agotado el espacio entero de su alma; si alguien le hubiera preguntado su propio nombre o cualquier rasgo de su vida anterior, no habría acertado a responder. Le convenía el templo inhabitado y despedazado, porque era un mínimo de mundo visible; la cercanía de los leñadores también, porque éstos se encargaban de subvenir a sus necesidades frugales. El arroz y las frutas de su tributo eran pábulo suficiente para su cuerpo, consagrado a la única tarea de dormir y soñar.

Al principio, los sueños eran caóticos; poco después, fueron de naturaleza dialéctica. El forastero se soñaba en el centro de un anfiteatro circular que era de algún modo

el templo incendiado: nubes de alumnos taciturnos fatigaban las gradas; las caras de los últimos pendían a muchos siglos de distancia y a una altura estelar, pero eran del todo precisas. El hombre les dictaba lecciones de anatomía, de cosmografía, de magia: los rostros escuchaban con ansiedad y procuraban responder con entendimiento, como si adivinaran la importancia de aquel examen, que redimiría a uno de ellos de su condición de vana apariencia y lo interpolaría en el mundo real. El hombre, en el sueño y en la vigilia, consideraba las respuestas de sus fantasmas, no se dejaba embaucar por los impostores, adivinaba en ciertas perplejidades una inteligencia creciente. Buscaba un alma que mereciera participar en el universo.

A las nueve o diez noches comprendió con alguna amargura que nada podía esperar de aquellos alumnos que aceptaban con pasividad su doctrina y sí de aquellos que arriesgaban, a veces, una contradicción razonable. Los primeros, aunque dignos de amor y de buen afecto, no podían ascender a individuos; los últimos preexistían un poco más. Una tarde (ahora también las tardes eran tributarias del sueño, ahora no velaba sino un par de horas en el amanecer) licenció para siempre el vasto colegio ilusorio y se quedó con un solo alumno. Era un muchacho taciturno, cetrino, díscolo a veces, de rasgos afilados que repetían los de su soñador. No lo desconcertó por mucho tiempo la brusca eliminación de los condiscípulos; su progreso, al cabo de unas pocas lecciones particulares, pudo maravillar al maestro. Sin embargo, la catástrofe sobrevino. El hombre, un día, emergió del sueño como de un desierto viscoso, miró la vana luz de la tarde que al pronto confundió con la aurora y comprendió que no había soñado. Toda esa noche y todo el día, la intolerable lucidez del insomnio se abatió contra él. Quiso explorar la selva, extenuarse; apenas alcanzó entre la cicuta unas rachas de sueño débil, veteadas fugazmente de visiones de tipo rudimental: inservibles. Quiso congregar el colegio y apenas hubo articulado unas breves palabras de exhortación, éste se deformó, se borró. En la casi perpetua vigilia, lágrimas de ira le quemaban los viejos ojos.

Comprendió que el empeño de modelar la materia incoherente y vertiginosa de que se componen los sueños es el más arduo que puede acometer un varón, aunque penetre todos los enigmas del orden superior y del inferior: mucho más arduo que tejer una cuerda de arena o que amonedar el viento sin cara. Comprendió que un fracaso inicial era inevitable. Juró olvidar la enorme alucinación que lo había desviado al principio y buscó otro método de trabajo. Antes de ejercitarlo, dedicó un mes a la reposición de las fuerzas que había malgastado el delirio. Abandonó toda premeditación de soñar y casi acto continuo logró dormir un trecho razonable del día. Las raras veces que soñó durante ese período, no reparó en los sueños. Para reanudar la tarea, esperó que el disco de la luna fuera perfecto. Luego, en la tarde, se purificó en las aguas del río, adoró los dioses planetarios, pronunció las sílabas lícitas de un nombre poderoso y durmió. Casi inmediatamente, soñó con un corazón que latía.

Lo soñó activo, caluroso, secreto, del grandor de un puño cerrado, color granate en la penumbra de un cuerpo humano aun sin cara ni sexo; con minucioso amor lo soñó, durante catorce lúcidas noches. Cada noche, lo percibía con mayor evidencia. No lo tocaba: se limitaba a atestiguarlo, a observarlo, tal vez a corregirlo con la mirada. Lo percibía, lo vivía, desde muchas distancias y muchos ángulos. La noche catorcena rozó la arteria pulmonar con el índice y luego todo el corazón, desde afuera y

adentro. El examen lo satisfizo. Deliberadamente no soñó durante una noche: luego retomó el corazón, invocó el nombre de un planeta y emprendió la visión de otro de los órganos principales. Antes de un año llegó al esqueleto, a los párpados. El pelo innumerable fue tal vez la tarea más difícil. Soñó un hombre íntegro, un mancebo, pero éste no se incorporaba ni hablaba ni podía abrir los ojos. Noche tras noche, el hombre lo soñaba dormido.

En las cosmogonías gnósticas, los demiurgos amasan un rojo Adán que no logra ponerse de pie; tan inhábil y rudo y elemental como ese Adán de polvo era el Adán de sueño que las noches del mago habían fabricado. Una tarde, el hombre casi destruyó toda su obra, pero se arrepintió. (Más le hubiera valido destruirla.) Agotados los votos a los númenes de la tierra y del río, se arrojó a los pies de la efigie que tal vez era un tigre y tal vez un potro, e imploró su desconocido socorro. Ese crepúsculo, soñó con la estatua. La soñó viva, trémula: no era un atroz bastardo de tigre y potro, sino a la vez esas dos criaturas vehementes y también un toro, una rosa, una tempestad. Ese múltiple dios le reveló que su nombre terrenal era Fuego, que en ese templo circular (y en otros iguales) le habían rendido sacrificios y culto y que mágicamente animaría al fantasma soñado, de suerte que todas las criaturas, excepto el Fuego mismo y el soñador, lo pensaran un hombre de carne y hueso. Le ordenó que una vez instruido en los ritos, lo enviaría al otro templo despedazado cuyas pirámides persisten aguas abajo, para que alguna voz lo glorificara en aquel edificio desierto. En el sueño del hombre que soñaba, el soñado se despertó.

El mago ejecutó esas órdenes. Consagró un plazo (que finalmente abarcó dos años) a descubrirle los arcanos del universo y del culto del fuego. Íntimamente, le dolía apartarse de él. Con el pretexto de la necesidad pedagógica, dilataba cada día las horas dedicadas al sueño. También rehizo el hombro derecho, acaso deficiente. A veces, lo inquietaba una impresión de que ya todo eso había acontecido... En general, sus días eran felices; al cerrar los ojos pensaba: Ahora estaré con mi hijo. O, más raramente: El hijo que he engendrado me espera y no existirá si no voy.

Gradualmente, lo fue acostumbrando a la realidad. Una vez le ordenó que embanderara una cumbre lejana. Al otro día, flameaba la bandera en la cumbre. Ensayó otros experimentos análogos, cada vez más audaces. Comprendió con cierta amargura que su hijo estaba listo para nacer -y tal vez impaciente. Esa noche lo besó por primera vez y lo envió al otro templo cuyos despojos blanqueaban río abajo, a muchas leguas de inextricable selva y de ciénaga. Antes (para que no supiera nunca que era un fantasma, para que se creyera un hombre como los otros) le infundió el olvido total de sus años de aprendizaje.

Su victoria y su paz quedaron empañadas de hastío. En los crepúsculos de la tarde y del alba, se prosternaba ante la figura de piedra, tal vez imaginando que su hijo irreal ejecutaba idénticos ritos, en otras ruinas circulares, aguas abajo; de noche no soñaba, o soñaba como lo hacen todos los hombres. Percibía con cierta palidez los sonidos y formas del universo: el hijo ausente se nutría de esas disminuciones de su alma. El propósito de su vida estaba colmado; el hombre persistió en una suerte de éxtasis. Al cabo de un tiempo que ciertos narradores de su historia prefieren computar en años y otros en lustros, lo despertaron dos remeros a medianoche: no pudo ver sus caras, pero le hablaron de un hombre mágico en un templo del Norte,

capaz de hollar el fuego y de no quemarse. El mago recordó bruscamente las palabras del dios. Recordó que de todas las criaturas que componen el orbe, el fuego era la única que sabía que su hijo era un fantasma. Ese recuerdo, apaciguador al principio, acabó por atormentarlo. Temió que su hijo meditara en ese privilegio anormal y descubriera de algún modo su condición de mero simulacro. No ser un hombre, ser la proyección del sueño de otro hombre ¡qué humillación incomparable, qué vértigo! A todo padre le interesan los hijos que ha procreado (que ha permitido) en una mera confusión o felicidad; es natural que el mago temiera por el porvenir de aquel hijo, pensado entraña por entraña y rasgo por rasgo, en mil y una noches secretas.

El término de sus cavilaciones fue brusco, pero lo prometieron algunos signos. Primero (al cabo de una larga sequía) una remota nube en un cerro, liviana como un pájaro; luego, hacia el Sur, el cielo que tenía el color rosado de la encía de los leopardos; luego las humaredas que herrumbraron el metal de las noches; después la fuga pánica de las bestias. Porque se repitió lo acontecido hace muchos siglos. Las ruinas del santuario del dios del fuego fueron destruidas por el fuego. En un alba sin pájaros el mago vio cernirse contra los muros el incendio concéntrico. Por un instante, pensó refugiarse en las aguas, pero luego comprendió que la muerte venía a coronar su vejez y a absolverlo de sus trabajos. Caminó contra los jirones de fuego. Éstos no mordieron su carne, éstos lo acariciaron y lo inundaron sin calor y sin combustión. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo.

FIN

INTRODUCCIÓN

Algunos nacen estúpidos, otros alcanzan el estado de estupidez, y hay individuos a quienes la estupidez se les adhiere. Pero la mayoría son estúpidos no por influencia de sus antepasados o de sus contemporáneos. Es el resultado de un duro esfuerzo personal. Hacen el papel del tonto. En realidad, algunos sobresalen y hacen el tonto cabal y perfecto. Naturalmente, son los últimos en saberlo, y uno se resiste a ponerlos sobre aviso, pues la ignorancia de la estupidez equivale a la bienaventuranza.

La estupidez, que reviste formas tan variadas como el orgullo, la vanidad, la credulidad, el temor y el prejuicio, es blanco fundamental del escritor satírico, como Paul Tabori nos lo recuerda, agregando que “ha sobrevivido a millones de impactos directos, sin que éstos la hayan perjudicado en lo más mínimo”. Pero ha olvidado mencionar, quizás porque es demasiado evidente, que si la estupidez desapareciera, el escritor satírico carecería de tema.

Pues, como en cierta ocasión lo señaló Christopher Morley, “en un mundo perfecto nadie reiría”. Es decir, no habría de que reírse, nada que fuera ridículo. Pero, ¿podría calificarse de perfecto a un mundo del que la risa estuviera ausente? Quizás la estupidez es necesaria para dar no sólo empleo al autor satírico sino también entretenimiento a dos núcleos minoritarios: 1) los que de veras son discretos, y 2) los que poseen inteligencia suficiente para comprender que son estúpidos.

Y cuando empezamos a creer que una ligera dosis de estupidez no es cosa tan temible, Tabori nos previene que, en el trascurso de la historia humana, la estupidez ha aparecido siempre en dosis abundantes y mortales. Una ligera proporción de estupidez es tan improbable como un ligero embarazo. Más aún, las consecuencias de la estupidez no sólo son cómicas sino también trágicas. Son reideras, pero ahí concluye su utilidad. En realidad, sus consecuencias negativas a todos influyen, y no sólo a quienes la padecen. El mismo factor que antaño ha determinado persecuciones y guerras, puede ser la causa de la catástrofe defi-

nitiva en el futuro.

Pero encaremos el problema con optimismo. Acabando con la raza humana, la estupidez acabaría también con la propia estupidez. Y ése es un resultado que la sabiduría nunca supo alcanzar.

En su inquieto (y fecundo) libro, Paul Tabori describe los aspectos divertidos y las horribles consecuencias de la estupidez. El lector ríe y llora (ante el espectáculo humano) y sobre todo reflexiona. A menos, naturalmente, que el lector sea estúpido.

Pero no es probable que la persona estúpida se sienta atraída por un libro como éste. Una de las concomitantes de la estupidez es la pereza, y en nuestro tiempo hay cosas más fáciles que leer un libro (especialmente un libro sin ilustraciones y que no ha sido condensado). Tampoco trae un cadáver en la cubierta, ni una joven bella y apasionada.

Sin embargo, el lector que supere esta introducción y el breve primer capítulo hallará después abundante derramamiento de sangre y erotismo, y también ingenio, rarezas, fantasmas y exotismo. Quizás no existe argumento, porque esta obra no es de ficción, pero hay algunos episodios auténticos (o por lo menos bastante probados), cualquiera de los cuales podría servir de base a un cuento... o a una pesadilla.

Tabori muy bien podría haber llamado a su libro: *La anatomía de la estupidez*, pues ha encarado el tema con el mismo bagaje de erudición y de entusiasmo que Robert Burton aplicó en *La Anatomía de la Melancolía*. Aquí, lo mismo que en el tratado del siglo XVII, hallamos una sorprendente colección de conocimientos raros, cuidadosamente organizados y bien presentados. Aparentemente, Tabori leyó todo lo que existe sobre el tema, de Erasmo a Shaw y de Oscar Wilde a Oscar Hammerstein.

El autor revela el tipo de curiosidad intelectual que no se atiene a las fronteras establecidas por la cátedra universitaria o por las especialidades científicas, y que es tan difícil hallar en nuestros días. A semejanza del estudioso europeo de la generación anterior, o del hombre culto del Renacimiento, pasa fácilmente de la historia a la literatura, y de ésta a la ciencia, citando raros volúmenes de autores franceses,

alemanes, latinos, italianos y húngaros. Sin embargo, su prosa nunca es pesada ni pedante. En lugar de exhibir un arsenal de notas eruditas, oculta las huellas de su trabajo, del mismo modo que el carpintero elimina el aserrín dejado por la sierra.

Aunque Tabori dice modestamente de su libro que es mero "muestrario", se trata de un muestrario profundamente significativo. Si, como dice el autor, ésta no es la historia completa de la estupidez, sólo nos resta sentirnos impresionados (y deprimidos) ante la vastedad del tema. Sería lamentable llegar a la conclusión de que es posible escribir sobre la estupidez del hombre un libro más voluminoso que sobre su sabiduría.

La fascinación que ejerce la obra de Tabori proviene precisamente de la variedad de los temas abordados. Obras antiguas, medievales y modernas le han suministrado toda suerte de hechos increíbles y de leyendas creíbles sobre este "astro siniestro que difunde la muerte en lugar de la vida". El autor cita sorprendentes ejemplos de estupidez relacionados con la codicia humana, el amor a los títulos y a las ceremonias, las complicaciones del burocratismo, las complicaciones no menos ridículas del aparato y de la jerga jurídica, la fe humana en los mitos y la incredulidad ante los hechos, el fanatismo religioso, sus absurdos y manías sexuales, y la tragicómica búsqueda de la eterna juventud.

Sí, éste es el lamentable archivo de la humana estupidez, desde los vanos ritos de Luis XIV hasta la autocastración de la secta religiosa de los skoptsi; desde el miembro de la Academia Francesa de Ciencias que obstinadamente insistió en que el invento de Édison, el fonógrafo, era burdo truco de ventrílocuo, a la técnica de Hermippus, que aseguraba la prolongación de la vida mediante la inhalación del aliento de las jóvenes doncellas, desde la fe en la vid que producía sólidas uvas de oro, al bibliófilo italiano que consagró veinticinco años a la creación de una biblioteca de los libros más aburridos del mundo. ¡Cuán estúpidos somos los mortales!

En general, Paul Tabori se contenta con relatar la historia de la estupidez, acumulando ejemplos y más ejemplos. En su condición de

estudioso objetivo, no deduce moralejas ni extrae lecciones. Sin embargo, como hombre sensible que es, experimenta dolor y desaliento. “La estupidez”, nos dice con tristeza, “es el arma más destructiva del hombre, su más devastadora epidemia, su lujo más costoso”.

¿Sugiere Tabori una cura efectiva de la estupidez? ¿Anticipa el pronto fin de esta peste? Tiene algunas ideas, relacionadas con la salud de la psiquis, y alienta ciertas esperanzas. Pero conoce demasiado bien a la raza humana, de modo que no puede prometer mucho. Habida cuenta de la experiencia de siglos, abrigar mayores esperanzas sería también dar pruebas de estupidez.

El relato: un reloj de cuco

Llevaba tiempo queriendo robar en aquella mansión. Antes de dedicarse al antiguo y noble arte del robo, incluso antes de aprender el oficio de carterista, aquella casa palaciega de dos plantas, construida en el siglo XVIII, lo tenía obsesionado. Había algo le atraía de forma incontrolable.

Años atrás, en aquellos días que decidía saltarse la escuela —antes de abandonarla por completo—, dedicaba el tiempo a deambular por la ciudad. Paseaba durante horas, ensimismado en sus pensamientos, y siempre terminaba en aquella acera, delante de aquella cancela oxidada y observando aquel palacio.

Aquella noche, por fin, iba a cumplir sus deseos. No tenía claro si obtendría algo de valor, pero no le importaba. Lo único que quería y deseaba era descubrir los increíbles misterios que, desde niño, sabía que se ocultaban entre aquellas cuatro paredes.

Sabía que el edificio estaba abandonado desde antes de que él naciera, pero aun así había dedicado más de una semana a vigilar la parcela. Como era de esperar, no había visto signo de habitante alguno en el exterior ni en el interior. Nada ni nadie se interpondría en su cita.

Al anochecer, saltó la verja por uno de los laterales menos visibles del recinto con un cuidado casi reverencial. Una vez dentro del jardín llenó por completo sus pulmones y disfrutó del aroma añejo que despedía lo que más parecía una selva que un jardín. El olor hizo que su imaginación le trasladase a un tiempo remoto en el que el abandono y la tristeza no eran los únicos inquilinos de aquel lugar.

Agitó la cabeza para salir de su ensoñación y se encaminó con paso firme hacia a la puerta trasera. Dedicó unos instantes a disfrutar de la miríada de sensaciones que le rodeaban. El tacto de la madera, el frío del pomo, la belleza de los detalles tan intrincados que lo cubrían… Pidiéndole perdón por lo que iba a hacer, sacó su estuche de ganzúas.

Inspiró.

Tan cerca de la casa podía respirar un ambiente envejecido, casi sagrado, más parecido al de un templo que al de una mansión.

Espiró despacio y volvió a coger aire, esta vez con los ojos cerrados.

La noche, la casa, le arrullaron con dulzura. La brisa nocturna, que agitaba los arbustos descuidados, el chirrido de la parte delantera de la cancela de hierro forjado, su corazón bombeando sangre de manera rítmica y sosegada y el silencio que había más allá. Todo auguraba que iba a ser una noche tranquila.

No le llevó mucho tiempo forzar la cerradura, que se conservaba en un estado envidiable para no recibir mantenimiento. El pequeño chasquido que desprendió al ceder le hizo sonreír. Por fin, después de tantos, iba a ver el interior de la mansión.

Antes de darse cuenta, se encontró descalzo en mitad de la cocina. En su ensoñación, se había quitado zapatos y calcetines y los había dejado ordenados al lado de la puerta. No se extrañó y dio las gracias por haberlo hecho. El tacto del suelo era suave y cálido, a pesar del fresco de la noche primaveral.

Salió de la cocina y se paseó por la planta baja. Prestó atención y disfrutó de cada uno de los crujidos que, bajo su peso, emitía el suelo de madera ya gastada. No necesitó encender su linterna, la claridad de la luna fue suficiente. Tampoco desató los nudos de su bolsa, lo único que hizo fue dejarse llevar de una estancia a otra imaginando el aspecto que habría tenido aquella casa en todo su esplendor. Cenas, recepciones, bailes, cócteles… Por allí habían paseado cientos de invitados increíbles asistiendo a los mejores eventos de su época.

Al llegar al gran salón, en el que supuso que se realizarían todas aquellas actividades, dejó que sus piernas danzasen al ritmo de una música que solo él podía escuchar. Hasta que algo rompió su concentración, cuando una de sus piruetas lo llevó a acercarse al hall de acceso a la planta superior. Un sonido distante que hizo que aquella música imaginaria se desvaneciera. El sonido de lo que parecía ser un reloj de péndulo de gran tamaño.

Miró a su alrededor y solo pudo ver tapices descoloridos, cortinas desgarradas y algunos muebles roídos por el tiempo. El lento tictac del reloj había roto la magia de aquel salón.

Por qué un reloj de ese estaba en la planta de los dormitorios y no en el salón o el hall, era un misterio. Pero el verdadero enigma era por qué seguía funcionando después de años de abandono. Nadie, ni él, ni sus compañeros de profesión, ni los ancianos a los que oía contar historias fantásticas sobre la casa, habían visto a nadie dentro de aquellos muros en décadas. La maleza del jardín y la densa capa de polvo que lo cubría todo confirmaban aquellas historias. Ningún mecanismo sobrevivía al paso de ese tiempo. No solo porque eran máquinas complejas que necesitaban de unos cuidados especiales, sino porque alguien tenía que ajustar los contrapesos para que el reloj no se parase.

Con la curiosidad desbordándole cada milímetro de la piel, subió las escaleras. La fuerza de la costumbre le hizo ascender con cautela, evitando las tablas que parecían más sueltas y apoyando el peso despacio para que no crujieran.

Cuando llegó al largo pasillo en el que desembocaban todas las habitaciones avanzó con los ojos desorbitados por el asombro. Todas estaban abiertas y cada una de ellas era como una ventana abierta a otro tiempo. Las camas hechas, los galanes de alcoba cubiertos con ropas en absoluto raídas por el tiempo…, todo enmarcado por la luz de la luna y acunado por el sonido mágico de aquel reloj.

Quería entrar en cada cuarto, husmear entre las pertenencias de aquellas personas y empaparse del sabor añejo de unas ropas tan antiguas. Pero el reloj lo llamaba insistente. Cuanto más se acercaba al final del pasillo, más fuerte era su música. Su incansable cadencia lo atraía hacia la habitación principal.

A diferencia del resto, esa última puerta permanecía cerrada. Al otro lado, el sonido del péndulo pareció crecer. Grave y solemne, tenía que pertenecer al reloj de pie más grande que hubiera visto nunca. Probó el pomo de la puerta y este giró sin oponer resistencia. Su corazón se aceleró. Allí, en el extremo opuesto de la habitación, iluminado por la pálida luz de la luna, estaba el reloj. Un reloj precioso de caoba, más alto que su propio cuerpo y más antiguo que la propia mansión. Su péndulo de bronce bruñido oscilaba en perfecta armonía con su corazón.

Tic. Pum pum.

Tac. Pum pum.

Tic. Pum pum.

Tac. Pum pum.

Avanzó hasta situarse justo delante de, sin ser consciente de nada más que del sonido. Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, fascinado por aquella obra magistral de la ingeniería y el arte de los relojeros y ebanistas que lo habían construido.

Durante minutos, quizá horas, contempló el movimiento oscilante del péndulo.

Hasta que el reloj dejó de sonar.

Nada se volvió a saber de aquel chico.

Hay quien piensa que encontró una fortuna y dejó los bajos fondos de la ciudad. Otros creen que nunca llegó a entrar, asustado por las leyendas, y prefirió mudarse lejos de allí. Incluso hay quien piensa que el chico nunca existió. Pero los más ancianos del lugar, aquellos con edad suficiente para haber visto a otros igual de hechizados por la casa, saben bien dónde está.

Porque ellos, aunque nadie les cree, conocen el motivo de que ese reloj de cuco siga sonando año tras año, década tras década.

EL MUNDO / YoDona
MARINA FERNÁNDEZ
11 marzo 2024

Haz el bien sin mirar a quién y da las gracias casi de igual manera. Aunque tengamos claro que de bien nacidos es ser agradecidos, las dudas a la hora de demostrar esta gratitud de manera equilibrada son habituales. Esta guía nos convertirá en profesionales del *'thank you'*.



¿Qué dice el protocolo sobre ser agradecido? Siempre hay que dar las gracias, pero, ojo, sin pasarnos ni meter la pata

Desde Séneca hasta nuestras abuelas, las grandes mentes no se cansan nunca de recalcar la importancia de ser agradecido. Pero entre las servilletas modo papel de lija con su "*gracias por su visita*" y donar medio millón de dólares para renovar el ala norte de la biblioteca de la universidad porque el sinsustancia de tu hijo ha aprobado milagrosamente Análisis Financiero II existe un universo de maneras de mostrar nuestra gratitud. La buena voluntad en muchas ocasiones no es suficiente y, aunque tu corazón esté en el sitio correcto, nunca viene mal una pequeña guía práctica para dar las gracias y quedar lo mejor posible.

Te han invitado a una fiesta donde has conocido al próximo nuevo amor de tu vida. ¿Cómo agradecérselo a tu anfitriona? Has recibido en la '*ofi*' una mágnum de Bollinger de parte de una clienta. ¿Con un regalo de qué precio se debe corresponder? Montas una cenita rápida en casa y los asistentes traen tan buen '*mood*' que la noche se convierte en memorable. *¿El que invita, y paga, también debe agradecer a los invitados?* A continuación, los cuándo, los cómo y los quién para desenmarañar la enredada madeja del agradecimiento perfecto.

¿Cuándo?
Siempre. Si Séneca te pilla más a desmano, *piensa en tu abuela* y su "*de bien nacido es ser agradecido*". Este es el típico ejemplo de ocasión social en la que pasarse es preferible a quedarse corto, porque vas a quedar mejor dándole a las gracias a alguien que no se lo esperaba que dejando a un alma inocente con dos palmos de narices esperando tu agradecimiento. Hay ocasiones en las que no cabe lugar a duda. Jugando a obviedades podemos citar a la compañera de trabajo que te saca un café de la máquina porque tú no has bajado cambio; a la madre que espera con su hijo y con el tuyo en la puerta de extraescolares porque tú llegas 10 minutos tarde o a la desconocida que te deja pasar delante en la caja del súper cuando vas hasta arriba

de cosas porque, otra vez, sólo ibas a por una barra de pan, pero la compra se te ha ido de las manos.

En cambio, si te encuentras en una situación en la que no lo tienes muy claro, el consejo de la experta en Protocolo es no ser tímido con la palabra gracias. Tu imagen y tu marca personal se van a ver fortalecidas pero, además, pondrás al *karma* un poquito más de tu parte. *'Win-win situation'*. Eso sí, vamos a hacerlo bien.

¿Quién?
Sin duda, cuando eres el receptor de la atención de alguien. Si te invitan a una cena, te toca **dar las gracias en cuanto recibes la invitación**, te toca **dar las gracias al marcharte de la cena** y, redondeando la jugada, **al día siguiente te toca enviarle un detallito a la persona que te ha invitado** para acompañar tus palabras con hechos.

¿Y si eres tú la que invita?
Puedes inspirarte en las grandes damas dieciochescas, sentadas en su buró redactando a pluma notas de agradecimiento a sus amigas que han aceptado su invitación a tomar el té, o puedes enviar un audio de voz al grupito de íntimas por haberse pasado por casa a tomar unas cañas. Lo importante es recalcar que no sólo los invitados a un evento deben dar las gracias. Aunque seas tú quien invita, y quien paga, tus invitados se han presentado con una gran sonrisa donde tú les has citado, a la hora que tú les has dicho y han dejado de hacer otras cosas por acompañarte. Y eso se merece un gracias.

¿Cómo?
La palabra '*gracias*' debería de ir **siempre cargada de honestidad y de verdad**, con emoción pero sin pasarse si no quieres acabar como los flamantes ganadores de un Goya cuando les bajan el micro y les suben la música para cortar por lo sano con el interminable discurso de agradecimiento. Si quieres acompañar la palabra gracias con un hecho que la refrende, *puedes enviar un detalle a la persona a la que quieres agradecer*. Que sea detallito o detallazo ya depende de ti y de tus circunstancias, pero hay factores que te pueden ayudar a decidir. El protocolo recomienda no hablar de dinero en ocasiones sociales, pero estamos en confianza, ¿no es así?

Pues vamos allá. Antes de sacar la *Visa* a pasear, date un segundo de paz para recordar que este regalín es para agradecer algo a alguien y no para apabullar al susodicho. Aun a riesgo de ser pesada, vuelvo a recalcar que la buena voluntad puede no ser nuestra mejor consejera y mandarle un *Rolex Daytona* a alguien que nos ha invitado a desayunar quizá no sea la mejor idea. Quizá hagamos sentir incómodo a ese alguien. Quizá hasta podría considerarlo de mal gusto. Y en el extremo de los quizás, ahí va tu buena voluntad disfrazada de cohecho... ¡upppss! Pero ¿y entonces? Entonces, proporción áurea protocolaria. Si te invitan a desayunar, agradece invitando a desayunar. *Si te mandan flores, ponlas en agua y da las gracias enviando*

un ramo parecido. Si una amiga te dice un cumplido, contéstale con otro. ¿Ves a Fidias sonriendo?

En ocasiones, la proporcionalidad se puede complicar. Digamos que te invitan a una boda, pero tú llevas ya veintitantos años de feliz matrimonio. O a una puesta de largo cuando tú estás valorando ser una señora fetén y dejarte las canas. Dar marcha atrás al reloj es, de momento, imposible por muy retinizadas y estupendas que estemos. Para corresponder en estos casos, toca pensar en términos microeconómicos y hacer una estimación de la inversión aproximada que el anfitrión ha acometido para invitarnos a ese evento y hacer un ingreso que, al menos, cubra gastos. El margen de mejora responde a factores como, por ejemplo, la mayor o menor cercanía a los anfitriones.

Y hasta aquí, afortunadamente, la clase acelerada de microeconomía porque voy a volver a citar a nuestras abuelas, pozo infinito de sabiduría, recordando que hay tres palabras que guardan el secreto para que se abran las puertas del éxito: "*por favor*" y "*gracias*". Pero, sobre todo, esta última hay que aplicarla bien para que sea de verdad. Por cierto... GRACIAS, abuela.

Aviones que roban la lluvia[1]

Yo he visto al ir al campo las nubes a punto de romper y ver enseguida la avioneta por en medio de ellas, y llegar al final de las nubes, volver otra vez atrás, y así le daba varias pasadas a las nubes, despacio, y a los veinte minutos estar todo el tiempo totalmente despejado.

RITA LÓPEZ ROMERO
Murcia

El 1 de noviembre de 1953 la revista *Diez Minutos* regalaba a sus lectores el siguiente reportaje: *Los «rompenubes» norteamericanos se hacen ricos prestando servicios a los labradores*. Según se deducía del artículo, había surgido una nueva cuadrilla de pilotos capaces, ya no sólo de producir lluvia, sino de evitar el granizo que dañaba los frutales, a cambio de 30 000 dólares al año. De este exterminio ilícito de las nubes se tenía constancia desde 1949, cuando dos químicos norteamericanos, lrving Langmuir y V. Vonnegut, habían descubierto que sembrando las nubes con agua y yoduro de plata se dificultaba la creación de grandes cristales y así el consiguiente granizo.

Por tal motivo, las autoridades españolas llevaron a cabo varios ensayos aéreos entre 1975 y 1985 en la cuenca del Duero y, más tarde, en Canarias y Aragón —según informaba Servimedia en 1995. Pero, curiosamente, es desde que deja de utilizarse esta técnica —en 1985— cuando se multiplican los testimonios de agricultores de diferentes lugares de España que afirman haber avistado temibles aeronaves que perturban el tiempo con sus manejos.

Ese mismo año, Luis Alonso, presidente de la Cámara Agraria de

Agreda, señala vehemente: «No sé a quién puede beneficiar todo esto, pero hemos llegado a creer que es cosa de la Comunidad Europea, pues las avionetas se hicieron frecuentes en esta comarca después de nuestro ingreso en ella y justo después de que se decidiera recortar la producción de cereales en nuestro país».

Otro soriano, esta vez Toribio Isla, presidente de la Cámara Agraria de Ólvega, dispara en otra dirección: «Hace algunos años —afirmaba— vinieron gentes de La Rioja con generadores de tierra o "estufas", una especie de bombonas, que lanzaban yoduro de plata a la atmósfera, diciendo que se instalaban para disolver el granizo antes que cayese, ya que a ellos les estropeaba las huertas. Fue entonces cuando comenzaron los problemas de lluvia». Una diatriba que merecería días después la contundente respuesta de Javier Ruiz, responsable del se-vicio de lucha antigranizo de La Rioja: «Este embrollo —apuntaba— obedece a la psicosis de los campesinos sorianos, que creen que les estamos robando las nubes. De hecho, en 1985 retiramos de esa provincia el último de nuestros generadores de yoduro de plata, porque se creía que éramos nosotros los responsables de la falta de lluvia, ¡cuando buscábamos todo lo contrario!»

Sin embargo, el debate continuó en años posteriores y llegó al Congreso de los Diputados —en mayo de 1992— de la mano de Efrén Martínez, diputado del Partido Popular por Soria. La respuesta del Ministerio de Agricultura fue tajante: desde 1985 no se lanzaba yoduro de plata desde avionetas y, cuando se hizo, fue para evitar el granizo y aumentar las precipitaciones líquidas.

No contentos con estas explicaciones, ochenta pueblos del norte de Soria deciden crear en 1993 la Asociación de Avionetas del Moncayo —AVIMON— para denunciar la existencia de artefactos voladores. Tanto es así que el entones ministro de Obras Públicas, José Borrell, se ve forzado a intervenir en el caso, tras ser interpelado por un senador de su propio partido. «Desde el punto de vista científico —señala Borrell—, la preocupación ciudadana no tiene otra explicación que la coincidencia de fenómenos naturales, como la desaparición de una masa nubosa o su disipación al aumentar la temperatura o levantarse el viento».

Por aquel entonces, los aviones que roban lluvia ya han sido detectados, no sólo en Soria, sino también en Zaragoza —en las proximidades del

Moncayo—, circunstancia que no pasa desapercibida a las autoridades. En otoño de 1995, Alberto López, responsable del departamento de prensa del Gobierno Civil de Soria, manifiesta que «la tercera parte de la provincia está alarmada, e incluso hemos sabido que se han organizado batidas para cazar aviones, poniendo en riesgo la seguridad de vuelos que, quizá, no tengan nada que ver con el problema». Tanto es así, que la Dirección General de Aviación Civil dispone los días 15, 16 y 17 de mayo de 1995 una avioneta estacionada en el aeródromo de Garay para perseguir a las aeronaves piratas.

Pero ya esos días las avionetas fantasmas vuelan por otros lares. Vecinos de Lorca —en Murcia— presentan una denuncia ante el juzgado de Instrucción número 2 de la capital e incluso entregan muestras de tierra que, presumiblemente, contienen «productos antilluvia». Tres años después, tras archivarse el caso al no hallarse indicios sólidos de delito, se convocan dos manifestaciones en Lorca —también en Murcia— para exigir el desmantelamiento de la Confederación Hidrográfica del Segura, a la que se acusa de trasmitir a las aeronaves información sobre la situación atmosférica.

A falta de lluvia, se desata una auténtico aguacero de acusaciones que moja a las compañías de seguros —si se pierde el género por culpa de la lluvia, han de responder con su capital— y a los grandes empresarios que cultivan la lechuga, «ya que no dejan que llueva, porque la lechuga quiere agua del suelo y con la lluvia se pudre», según señala Rita López Romero, una testigo que dice haber divisado a las misteriosas avionetas.

La leyenda española, que ya se conoce desde Almería hasta Tarragona, donde el diputado de Iniciativa por Cataluña-Los Verdes, Víctor Gimeno, eleva una propuesta no de ley al Parlamento para que la Generalitat «explique si sabe de la realización de estos tratamientos aéreos», pasa, primero a la vecina Francia y luego a Estados Unidos, con lo que se completa un curioso trayecto de ida y vuelta.

A Francia pudo llegar, según especula Jean-Bruno Renard, de la mano de los temporeros españoles que acudían a la recolección de la patata, primero a la región de la Dordoña y antes a Quercy, donde en el verano de 1986 las trufas no salieron a causa de la falta de precipitaciones y se acusó a los arbicultores de Tant-et-Garonne de contratar aviones antinubes para

preservar sus frutales.

En Estados Unidos, tras arreciar la sequía en Maryland, los lugareños achacaron la falta de lluvia a individuos que «intentaban alterar el clima vertiendo productos químicos sobre las nubes», razón que llevó en 1983 al gobernador del estado a promulgar una ley que castigaba las actividades de los ladrones de nubes —si bien ninguno de ellos pudo ser apresado.

Tanto en España, Francia y Estados Unidos los misteriosos aviones sobrevolaron los cielos en época de sequía. Antes que ellos, sacerdotes y brujos habían intentado controlar en vano la meteorología. En el siglo y, por ejemplo, la liturgia romana conocida por *ad pretendam pluviam* intentó sustituir a las «robigalias», fiestas paganas en las que se hacían procesiones y súplicas especiales a los dioses.

Sólo siglos después, estos conjuros, mitad brujeriles, mitad eclesiásticos —valga recordar la lluvia torrencial que se atribuye a Santo Domingo y que sacó a Segovia de una persistente sequía—, recibían la inestimable ayuda de la ciencia. Así, durante el siglo XIX se puso de moda atizar cañonazos a las nubes, mientras las campanas de las iglesias tañían al aire en busca de comprensión divina.

Sin embargo, donde antes había seres mágicos ahora nos encontramos con tecnología, con avionetas que reencarnan a gráciles brujas montadas en ecológicas escobas. Lo demás, seria aceptar un fenómeno natural: la sequía. Al fin y al cabo, los afectados se niegan a admitir que la naturaleza se comporte de un modo tan caprichoso, al socaire de ciclos más o menos periódicos. Decir que la sequía no tiene un origen natural, es aceptar la influencia de fuerzas externas, de oscuros intereses políticos que el Gobierno no tiene intención de investigar y que, en última instancia, explicarían por qué a lo largo de este siglo los antiguos seres sobrenaturales que nos visitaban se han vuelto «sobretecnológicos», aportando ese toque de racionalidad científica exigible a cualquier superstición popular que pretenda una larga vida.

ANTONIO ORTÍ